

- Casassas, J. M. 1974b. *Iglesias y Capillas en la Región Atacameña (Administración española y boliviana)*. Universidad del Norte, Antofagasta.
- Cirlot, J. 1979. *Diccionario de Símbolos*. Ediciones Siruela, Barcelona.
- Hodder, I. 1988. *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Thomas, L. 1983 *Antropología de la muerte*. FCE, México.

14 HACIA UNA RETROSPECTIVA DE LA TEORÍA ARQUEOLÓGICA EN CHILE: ¿QUÉ SOMOS?, ¿DE DÓNDE VENIMOS?, ¿A DÓNDE VAMOS?

ANDRÉS TRONCOSO, DIEGO SALAZAR Y DONALD JACKSON

Introducción: La génesis del pensamiento teórico

La arqueología chilena tiene una larga tradición de investigación que se puede remontar hasta fines del siglo XIX con la obra de José Toribio Medina titulada *Los Aborígenes de Chile* (Medina 1882), "un libro que por primera vez trata de los múltiples problemas e incógnitas relacionados con el pasado de los aborígenes de Chile" (Orellana 1996: 35) y que ha sido considerado el punto de inflexión entre el primer y segundo período de la historia de la arqueología chilena (Orellana 1996). Sobre esta base, un conjunto de otros investigadores comienzan a abordar el estudio de la prehistoria de Chile, destacando notablemente la obra de Ricardo Latcham, y en particular sus dos libros de 1928 en los que sintetiza la prehistoria chilena y la alfarería nacional (Latcham 1928a, 1928b).

Este primer conjunto de prácticas arqueológicas se enmarcaron claramente en un contexto nacional donde la educación y el conocimiento especializado fueron ganando espacios dentro del mundo civil, tal como lo sugiere toda la discusión relativa a la promulgación de la Ley de Instrucción Primaria (1860) y su consiguiente debate que llevó a dictar la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria hacia 1920. La organización en 1911 del Museo de Etnología y Prehistoria dirigido por el Dr. Aureliano Oyarzún y la creación del Consejo de Monumentos Nacionales en 1925, ambas instituciones estatales, señalan la importancia que adquiere el Estado chileno en la institucionalización y regulación de la arqueología y la prehistoria de Chile a comienzos del siglo XX. De hecho las dos obras clásicas de Latcham son realizadas por encargo del gobierno nacional al igual que la presencia de Max Uhle y sus investigaciones en el norte, todo lo cual sienta las bases de la futura prehistoria chilena. Por lo tanto, este temprano auge de la arqueología debe entenderse en el contexto de la importancia de los Estados nacionales en Latinoamérica y la primacía de la racionalidad científica dentro de los cánones de la Modernidad.

La aparición de la arqueología en el campo social, y su primera gran formulación desprendida de los trabajos de Latcham (1928a, 1928b), abrió espacios para una ampliación de su práctica, tanto en términos de perspectivas de investigación, como de estudiosos dedicados al tema. Este crecimiento vino de la mano, varias décadas después, vale la fundación del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad

de Chile en 1954, que generó "una tendencia a formalizar la arqueología como una disciplina académica" (Thomas 1977: 81).

Los arqueólogos que originaron nuestra disciplina se caracterizaron por ser, o básicamente investigadores autoformados en la ciencia arqueológica, los que muchas veces provenían de otras áreas de conocimiento, como la ingeniería y la medicina, y que producto de sus experiencias e intereses derivaron hacia la Arqueología; o bien investigadores extranjeros que venían al país a realizar sus investigaciones (p.e. Junius Bird, Max Uhle, Richard Schaedel, Oswald Menghin) y que en algunos casos pasaron a formar parte de la institucionalidad nacional (p.e. Grete Mostny y Richard Schaedel). Este hecho, que podría ser menor, consideramos que marcó profundamente el posterior desarrollo de nuestra disciplina, pues mientras por un lado da cuenta de la juventud de este campo en Chile, por otro le dio un marcado énfasis empiricista a la práctica arqueológica nacional. En efecto, si revisamos las publicaciones de esta extensa época, encontramos que realmente son pocos los escritos que intentan aproximarse a una discusión teórica sobre la Arqueología.

Esto en parte también podría relacionarse con el contexto global de la disciplina, donde Europa y Estados Unidos presentaban enfoques teóricos centrados en la perspectiva histórica-cultural con una baja cantidad de discusión teórica, aun cuando esta apreciación no es del todo correcta, por cuanto a partir de la década de los 30 se observan en ambos centros de investigación una serie de discusiones teóricas, ya sea sobre temas tales como la cultura material o los modelos para entender a la sociedad (p.e. Clark 1939, Childe 1935, 1936, 1947; Krieger 1944, Steward y Setzler 1938).

Por otra parte, como ha sido señalado en la introducción de este volumen, incluso una arqueología orientada a la formulación de generalidades empíricas involucra un cierto contenido teórico en su observación y clasificación del registro. Por ello, más que ausencia de teoría en la producción académica de la época, lo que encontramos es una limitada reflexión acerca de los supuestos y categorías conceptuales con los que los investigadores describían y explicaban la realidad del registro arqueológico. De hecho, al revisar las publicaciones de la época encontramos que gran parte de los trabajos consideran a la cultura material como una unidad histórica y cultural, cuyas modificaciones espaciales y temporales dan cuenta de transformaciones en las secuencias de desarrollo de los grupos humanos. Los tipos arqueológicos son considerados como referentes de sociedades y culturas humanas, y la presencia de los tipos en el registro arqueológico como indicador de la presencia efectiva de dichas poblaciones. Evidentemente, estamos ante supuestos de tipo ontológico, formas determinadas de entender al ser humano y la cultura material.

La escasa reflexión teórica de esta época en la arqueología chilena quedó claramente documentada por Thomas (1977), quien al evaluar críticamente su desarrollo teórico-

metodológico propone que es recién en la década de 1960 cuando se comienza a producir una modificación en la práctica y reflexión nacional, la que sin duda alguna viene dada por la consolidación de una institucionalidad académica de la Arqueología.

Formalización institucional de la arqueología chilena

El avance en el ámbito institucional de la década de 1960 empieza a abrir espacios académicos propios para la Arqueología, y va de la mano con la creación de espacios formales de discusión y producción de conocimiento que posibiliten la reunión de los especialistas a nivel nacional, siendo el primero de ellos el Encuentro Arqueológico Internacional de Arica (1961), seguido por el Congreso Arqueológico de San Pedro de Atacama (1963).

El proceso acaecido no es menor, pues a través de tal institucionalidad se producen dos efectos que pensamos son de gran relevancia para el desarrollo de la arqueología chilena: primero, se produce un reconocimiento estatal y universitario, de corte legalista, que legitima la arqueología en Chile y la considera un ámbito de importancia social a nivel institucional (y de ahí su presencia en la Universidad) y, segundo, se establece un substrato de relaciones sociales entre los practicantes de esta disciplina que marcará a los Congresos nacionales como la institucionalidad básica de producción del conocimiento y discusión científica.

Podríamos vislumbrar en este proceso no sólo cómo nuevos espacios se van abriendo para las Ciencias Sociales, sino también podríamos sugerir la posibilidad que lo que va ocurriendo es producto de una centralidad cada vez mayor del tema social dentro de nuestro país, que implica la necesidad de nuevos profesionales y nuevos campos para responder a las exigencias propias del contexto. De hecho, es a inicios de la década de los 60 que en Concepción se crea el Centro de Antropología, "bajo el auspicio de la UNESCO y con la participación de las investigadoras francesas Simona Gamelon y Annette Emperaire y de la chilena Zulema Seguel" (Orellana 1996: 170). Y esta centralidad de lo social se expresa en el extenso movimiento obrero del siglo XX que logra formar la Central Unica de Trabajadores (CUT) en 1953 y en la formulación de la primera ley de Reforma Agraria (N°15020) en 1962, bajo el gobierno de Jorge Alessandri, la que posteriormente fue ampliada bajo el gobierno de Eduardo Frei Montalva.

La Arqueología chilena continúa en este contexto con un fuerte énfasis empiricista, centrado en la construcción de secuencias histórico-culturales, y que en buena medida responde a la alta presencia de investigadores autoformados, así como a una educación universitaria que recién obtiene sus primeros licenciados. Claro ejemplo de todo ello son los trabajos reunidos en las actas de los primeros Congresos Nacionales de Arqueología, donde las problemáticas giran en torno a la formulación de secuencias histórico-culturales, identificación de relaciones tempo-culturales entre diferentes

áreas, tipologías de cultura material y algunos intentos por abordar problemas metodológicos a partir de la aplicación de técnicas de las ciencias físico-biológicas y las matemáticas (p.e. Montané 1964, Orellana et al. 1972-73). La ampliación de la práctica arqueológica durante la década de 1960 se ve reflejada también por la publicación del Boletín de Prehistoria en 1968, así como de la revista Chungara y Estudios Atacameños a inicios de los 70.

No obstante lo anterior, será durante esta década de los 60 cuando se forjarán las bases para alteraciones importantes en la práctica arqueológica nacional y que van de la mano con este aumento de la preocupación sobre lo social en el país. Por un lado, en 1971 se aprueba la creación del Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas en la Universidad de Chile. Por otro, comienza a vislumbrarse en la literatura nacional una mayor presencia de la teoría arqueológica, a partir de dos textos que ejemplifican los derroteros posteriores de la Arqueología en Chile. Por un lado, en el VI Congreso de Arqueología Chilena, realizado en la ciudad de Santiago en 1971, se vislumbran trabajos que abordan el registro arqueológico desde una perspectiva funcional y ecológica (Niemeyer et al. 1972-73, Ampuero y Rivera 1972-73), que recogen, de forma explícita o implícita, los avances desarrollados sobre el tema en Norteamérica en el marco de la Nueva Arqueología (Binford 1962). De hecho, es en este momento donde encontramos uno de los primeros trabajos estrictamente de teoría arqueológica en el país, nos referimos al artículo de Rivera (1972-73), titulado explícitamente "Nuevos enfoques de la teoría arqueológica aplicada al Norte Chico", donde no sólo se recogen los aportes de trabajos clásicos de la Nueva Arqueología (Binford y Binford 1968, Martin 1971), sino que se discute un enfoque sistémico aplicado a la arqueología en general, y a la prehistoria del Norte Chico en específico, con particular énfasis en el proceso de agriculturización.

Pero a su vez que estos aportes delimitan una modificación en la práctica teórica arqueológica nacional, por otro lado aparecen una serie de trabajos que articulan con lo que podemos entender como la única formulación teórica propia de Latinoamérica, y que intentaba crear teoría, entre otros países, desde Chile. Nos referimos a una arqueología marxista, mejor conocida como Arqueología Social Latinoamericana y que según Orellana (1996), tiene su principal centro de elaboración en el Departamento de Antropología de la Universidad de Concepción.

En clara consonancia con la agitación ideológica del país, la fuerza de los movimientos sociales, el paradigma de Mayo 68 en Francia y sus pensadores, así como de la división y conflicto a nivel mundial entre dos metanarrativas, la arqueología chilena pasa a ser otro campo de resonancia de tal conflicto. Pero lo interesante en este caso, es que tal reproducción del conflicto conllevó una teorización de la arqueología, tanto sobre su práctica, como sus proposiciones teóricas y modelos esbozados, definiendo líneas desde el materialismo histórico. Un claro ejemplo de ello es el trabajo de Montané (1972), donde se aborda el estado de la arqueología nacional desde una retórica claramente

marxista. Núñez (1974), también, por ejemplo, discute el proceso de agriculturización en el Norte Grande desde una perspectiva que recoge las proposiciones de teóricos de la arqueología social latinoamericana, pero matizándola con ideas recogidas de teóricos ecologistas norteamericanos más cercanos a la Nueva Arqueología.

La arqueología chilena en los 70: quiebres y transformaciones

Durante la década del sesenta, Latinoamérica vive intensos cambios sociales y políticos, el triunfo de la Revolución Cubana abre la posibilidad de un Socialismo en países donde existen grandes desigualdades sociales, lo que por cierto constituyó un caldo de cultivo para que se engendraran, por una parte, numerosas reformas y por otra, la idea de cambios más radicales, siguiendo el ejemplo cubano.

En este contexto, a inicios de la década del setenta triunfa por la vía electoral el proyecto Socialista chileno de la Unidad Popular, generándose grandes cambios políticos, económicos y sociales en el país. En las universidades se vive una ferviente lucha política a la par de una apertura intelectual, en la que se discute el devenir del país sobre la base de la teoría marxista. Las ciencias sociales se fortalecen y los intelectuales de izquierda intentan ser coherentes en su práctica teórica con los cambios revolucionarios que se vivían en Chile.

La Arqueología no podía estar ajena a este proceso y numerosos investigadores, si bien mantenían su adhesión a un enfoque Histórico Cultural, también veían como prometedor un acercamiento del materialismo histórico a la arqueología. Esto motivó una serie de conferencias en la Universidad de Concepción dictadas por el Dr. Luis Lumbreras, colega peruano seguidor de la obra de V. Gordon Childe, proponiendo que la arqueología era una ciencia social y como tal su teoría había que buscarla en el materialismo dialéctico e histórico. Esto dio origen al libro "La Arqueología como Ciencia Social" (Lumbreras 1974), estableciendo correlatos entre el dato arqueológico y la estructura de la Formación Económico-Social planteada por el marxismo. Esta obra marca un hito en la teoría arqueológica latinoamericana y establece un contrapunto con la por entonces aún poco conocida "Nueva Arqueología" Norteamericana.

El libro de Lumbreras tuvo un gran impacto en la arqueología latinoamericana, tanto en Chile (Bate 1977), como en Venezuela (Sanoja y Vargas 1974), República Dominicana (Veloz Maggiolo 1984), y México (Lorenzo 1976), entre otros.

En esta perspectiva, arqueólogos como Julio Montané sostenían abiertamente el compromiso político con la realidad nacional, donde el ejercicio de la arqueología no podía estar desvinculado de la práctica revolucionaria, criticando fuertemente el quehacer de las ciencias sociales burguesas de carácter idealista, que estaban al servicio del capitalismo (Montané 1972).

La efervescencia intelectual es enorme con una marcada orientación social, que se deja ver en el Primer Congreso del Hombre Andino, de carácter panandino, internacional

e interdisciplinario, que se desarrolló en forma itinerante entre Arica, Iquique y Antofagasta (Castro y Núñez 1995). Pocos meses después vendría el Golpe Militar del 11 de Septiembre de 1973.

Tras el golpe militar se desarticulan las ciencias sociales; se suprime el Estado de Derecho, las universidades son intervenidas, se cierran las escuelas de antropología y arqueología de la Universidad de Concepción y Antofagasta, se suspenden los Congresos Nacionales de Arqueología, y numerosos intelectuales, entre ellos arqueólogos, son exiliados. Con estos radicales cambios, el ferviente desarrollo de las ciencias sociales y especialmente en el campo de las teorías sociales, en general, y de la teoría arqueológica en particular, son frenados en pos de tendencias menos contingentes que no atenten contra el nuevo proyecto ideológico-político establecido por la dictadura, que sostenía que las posiciones marxistas no eran más que ideologías foráneas y estériles.

No obstante lo anterior, en el exilio, especialmente en México, se reúnen diversos arqueólogos latinoamericanos, entre ellos Julio Montané y Luis Felipe Bate. Ambos continúan desarrollando lo que ya embrionariamente habían iniciado en Chile: los fundamentos materialistas históricos para una teoría arqueológica, siguiendo la idea de una Arqueología Social sustentada en una rigurosa lectura de los clásicos del marxismo, así como de la llamada Antropología Marxista Francesa de corte estructuralista, asumiendo posiciones teóricas claras, algo ortodoxas pero no dogmáticas, tal como se visualiza en textos como "Marxismo y Arqueología" (Montané 1980a) y "Fundamentos para una teoría Arqueológica" (Montané 1980b). El estudio de los distintos modos de producción es particularmente discutido, especialmente el de las Sociedades Igualitarias (Montané 1981).

Por otra parte, con antelación, Bate (1974) publica bajo el título "Los primeros poblamientos del extremo sur Americano", un ensayo pionero en que se organiza e interpreta la data arqueológica de los cazadores-recolectores de Patagonia, bajo una perspectiva materialista histórica, definiendo la inferencia de contenidos sociales y el desarrollo histórico de estas sociedades. Con posterioridad, propone una detallada metodología de investigación para definir conjuntos culturales y la inferencia de las formaciones económico-sociales y su desarrollo histórico concreto, sobre la base de los fundamentos teóricos del Materialismo Histórico (Bate 1977). En este último trabajo, Bate realiza una síntesis de gran profundidad teórica, replanteando el concepto de cultura como una relación tricategorial con la Formación Económico-Social, resolviendo de esta forma la ambigüedad del concepto de cultura instrumentalizado por Lumbreras (1974). Así también, entre otros numerosos trabajos y más recientemente, se publica el libro "El proceso de Investigación en Arqueología" (Bate 1998), en donde se formula teórica y metodológicamente una estructura general del proceso de

¹ Posteriormente publicado bajo el título "Orígenes de la Comunidad Primitiva en Patagonia" (1982).

investigación arqueológica desde una postura materialista histórica.

No obstante las relevantes contribuciones teóricas de una arqueología social materialista histórica, las proposiciones de Bate son más conocidas y discutidas en el resto de Latinoamérica y Europa. Esto se debió por una parte a la censura existente en Chile de la literatura marxista y por otra, a las evidentes implicancias negativas que podía tener una postura marxista en Arqueología durante la dictadura militar.

En efecto, la discusión teórica respecto a las propuestas de la Arqueología Social Latinoamericana fue marginal en nuestro país a partir de 1973, y cuando la hubo, fue mediatizada a través de un lenguaje menos comprometedor dado el contexto social arriba mencionado (Gallardo 1983). Más recientemente, y ya en el contexto del Chile democrático actual, algunos arqueólogos chilenos que declaran un enfoque explícitamente anclado en el marxismo han vuelto sus miradas hacia atrás con el objeto de recuperar los aportes de la Arqueología Social Latinoamericana (p.e. Gallardo 1998, 1999), dando origen incluso a un simposio específico sobre el tema en el XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena efectuado el año 2000 (véase los trabajos de Gallardo 2004, Uribe y Adán 2004). No obstante este intento de recuperación de la perspectiva latinoamericana es más aparente que real, pues las nuevas elaboraciones mantienen una relación más estrecha con algunas reformulaciones del Marxismo acaecidas en Europa en la década de 1960, o incluso con la arqueología procesual (Uribe y Adán, en este volumen), y no así tanto con el Materialismo Histórico más ortodoxo de la escuela Latinoamericana.

Lo cierto es que en su momento el golpe de Estado no sólo conllevó el silenciamiento de la perspectiva marxista latinoamericana en la Arqueología chilena, sino que estableció un punto de quiebre no menor al frenar la reflexión teórica en general. En efecto, la censura sobre los libros, el peligro de las ideas y la ignorancia de los gobernantes llevaron a que toda forma de pensamiento crítico fuese vista como sospechosa, atentando contra la unidad y seguridad nacional. Pero, junto con este silenciamiento, nos vimos enfrentados al hecho que el país en sí reorientó su política económica y relaciones internacionales, estableciendo un fuerte y cercano lazo con los Estados Unidos, lo que también repercutió directamente en la práctica arqueológica.

Los congresos nacionales de arqueología recién se retoman en el año 1977, cuando se realiza el VII Congreso en Altos del Vilches. En las actas de este congreso se vislumbran las transformaciones ejercidas por el golpe de Estado, a la vez que se marca un hecho novedoso en un congreso de arqueología chilena: en tal reunión se realiza el primer simposio sobre "Teorías y Métodos Arqueológicos", donde se reúnen 7 trabajos, 6 de ellos básicamente de corte metodológico, pero que recogen las proposiciones funcionalistas y ecológicas de la Nueva Arqueología (p.e. Schulz et al. 1977, Shea 1977). El séptimo trabajo (Serracino 1977), evalúa la discusión básica entre el enfoque normativo y el procesal a partir de la oposición entre inducción y

deducción, abogando por la importancia de este segundo camino y su significancia para la arqueología sudamericana. En la misma línea, el trabajo de Llagostera (1977), viene a constituirse en un hito capital de este enfoque ecológico aplicado a poblaciones Arcaicas de la costa, estableciendo estrategias de recuperación de material bioarqueológico, así como su análisis con relación a las condiciones climáticas del momento. La reorientación de la reflexión teórica y metodológica hacia Norteamérica sin duda refleja el nuevo escenario político y económico que se instaura durante la dictadura militar.

Aunque este enfoque ecológico y funcional realiza su aparición en nuestra arqueología en la década de los 70, ello no implica la desaparición del antiguo enfoque histórico-cultural. Muy por el contrario, nos encontramos con una Arqueología en la que ambas perspectivas coexisten y en muchas ocasiones son sintetizadas en una nueva totalidad por los investigadores. En efecto, la revisión de las mismas actas de Altos de Vilches, nos muestra que junto con tales discusiones teórico-metodológicas propias a la Nueva Arqueología, otros trabajos continúan bajo un enfoque básicamente histórico-cultural, especialmente en la zona central de Chile, donde el estado de la cuestión prehispánica está bastante más atrasado que otras regiones y requiere construir una estructura cronológica y cultural para su despegue (p.e. Durán y Massone 1977, Massone 1977).

Con todo, esta concentración de las relaciones sociales de nuestro país hacia Estados Unidos no sólo mantuvo alejada en buena medida a la Arqueología chilena de la situación europea, sino que también de la discusión teórica latinoamericana, en particular, de la Arqueología Social. Este silenciamiento produjo que lentamente fuera el enfoque más propio a la Nueva Arqueología el que ocupara los marcos de explicación de los profesionales. No en vano se ha asociado la propuesta ontológica y epistemológica de la Nueva Arqueología con el modelo capitalista, y en especial con la lógica neoliberal, imperante en Chile a contar de mediados de 1970.

Un importante hito en la inserción del enfoque procesal en nuestro medio fueron sin duda alguna las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia, organizadas en 1983 (Cornejo et al. 1983). Estas jornadas, nacidas del interés de un grupo de jóvenes egresados recientemente del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile, se constituyen en un punto importante dentro de la historia teórica chilena.

Por un lado, su realización denota la llegada a un nivel de madurez alto de la disciplina arqueológica en el país, pues es sólo y a través de ella que es posible realizar un evento de tal magnitud, centrada en la construcción de la Arqueología como ciencia. En parte, creemos que este hecho tiene entre sus tantos orígenes el que nos enfrentamos ante profesionales de la segunda generación de Arqueólogos chilenos, lo que les permitió tener una formación con docentes también formados en Arqueología dentro del ámbito académico y por ello, con espacios más visibles para la discusión teórica.

Por otro, uno de los objetivos de tal reunión fue la construcción de una arqueología científica, recogiendo las proposiciones básicas de Binford (1962, 1964), Clarke (1968) y Schiffer (1976), con respecto a la construcción de marcos de análisis espaciales y la creación de metodologías claras, enfocadas en un problema de investigación particular y con un modelo que privilegia la formulación de hipótesis contrastables con los datos empíricos como modo privilegiado de conocimiento. Este hecho es relevante, pues es justamente a inicios de los años 80 que los arqueólogos comienzan a acceder a los fondos del Consejo Nacional de Investigación en Ciencia y Tecnología a partir de los proyectos FONDECYT, los que en su formulación se han ceñido siempre a los estándares de la ciencia positivista. En tal sentido, la construcción de la Arqueología como ciencia no responde sólo a una inspiración venida desde el paradigma predominante de la Arqueología norteamericana, sino también a los estándares impuestos en Chile para la obtención de subsidios de investigación a través de fondos concursables.

Asimismo, nace como producto del descontento de un conjunto de jóvenes investigadores nacionales con la situación de tal momento donde "los marcos teóricos no se han estructurado ni delimitado claramente, encontrándose a veces en forma implícita o parcelada... se aprecia una predominancia del paradigma histórico-cultural junto con la aplicación del concepto normativo de cultura" (Cornejo et al. 1983: 17).

Mientras la arqueología chilena dirigía parte de sus esfuerzos a su formulación según una concepción positivista de la ciencia, las proposiciones de esta escuela de pensamiento filosófica habían sido ya ampliamente superadas por otros filósofos de la ciencia que habían sido cercanos al Círculo de Viena (p.e. Popper 1963), o bien independientes a este grupo (p.e. Kuhn 1962, Feyerabend 1975).

Este desfase cronológico de la epistemología arqueológica nacional no debe extrañar debido a que es sintomático de la disciplina arqueológica en general. De hecho, cuando Watson, Redman y Le Blanc (1971) recogían y operacionalizaban las formulaciones del Círculo de Viena, y en específico de Carl Hempel, esta concepción científica ya se encontraba agonizando, desmoronándose sus tesis básicas en el Simposio Internacional organizado por la Universidad de Chicago en Urbana en 1969, en el cual se llegó a la conclusión de que "ha llegado la hora de ir mucho más allá de la imagen estática, instantánea, de las teorías científicas, a la que los filósofos de la ciencia se han autolimitado durante tanto tiempo; ya que la concepción heredada del positivismo lógico ha sido refutada, es fundamentalmente inadecuada e insostenible y debe sustituirse, ha sufrido un rechazo general, y por ello, ha sido abandonada por la mayoría de los filósofos de la ciencia" (Martínez 2004: s/r). No obstante lo anterior, es interesante constatar que el caso chileno está desfasado en otros 10 años respecto de la arqueología norteamericana, pues el auge de la concepción positivista de la disciplina en nuestro país se da en la década de 1980, justo cuando en el ámbito académico anglosajón se habían levantado críticas profundas a esta epistemología. Consideramos

que este hecho debe ser entendido en gran medida dado el contexto social imperante en Chile durante la dictadura militar.

Pero a la vez que esta conformación como ciencia, en la reunión de 1983 se hace visible la necesidad de un enfoque social en la Arqueología, discutiéndose sobre la construcción de la Arqueología como una ciencia social (Gallardo 1983), y expresamente sobre qué es ciencia social y qué es la Arqueología. La participación de Luis G. Lumbreras en tal reunión es un claro ejemplo de la aún vigente cercanía de ciertos sectores de la arqueología chilena con la Arqueología Social Latinoamericana, no obstante su ausencia de visibilidad en otras publicaciones por las razones antes expuestas.

Arqueología y Ciencia fue, por tanto, un crisol de la situación teórica en el país, así como de los intereses y necesidades de la arqueología nacional, abriendo espacios de discusión que bajo una lógica propia de la Nueva Arqueología, reconocía también ciertas afinidades con la Arqueología Marxista, no obstante las dificultades de su realización. Posiblemente este evento fue el máximo exponente, así como el detonador, de la posterior fuerza que adquirió el enfoque procesal en Chile.

La reorientación hacia Estados Unidos no quedó sólo en lo anterior, sino también se materializó en la realización de postgrados en tal país por investigadores nacionales, los que si bien no fueron muy numerosos, reproducían las relaciones de interés entre la práctica chilena y la teoría norteamericana.

La impronta de estas perspectivas es muy notoria en la década de los 80, en la que nos encontramos con que la perspectiva espacial y ecológica adquiere una cada vez mayor presencia, con un predominio de conceptos tales como optimización, adaptación, funcionalidad y análisis de costo-beneficio en la explicación de los procesos prehispánicos, así como un sostenido esfuerzo por la resolución de problemáticas metodológicas. Lo interesante es que ellas no son formulaciones puras según el patrón teórico norteamericano, sino que por el contrario conjugan en su interior reformulaciones locales así como ciertos dejes de un enfoque histórico cultural, conformando una perspectiva que en ningún caso recoge la totalidad de los aportes norteamericanos, ni sus formulaciones como un programa de investigación a largo plazo. Muy por el contrario, nos enfrentamos a trabajos más bien centrados en problemas relativos a la prehistoria local, los que son interpretados-explicados siguiendo ciertas proposiciones teóricas afines al pensamiento entonces dominante en Norteamérica.

En este sentido, fue la arqueología de los grupos cazadores recolectores la que se vio más relacionada con tal enfoque, comenzando ya con el clásico trabajo de Llagostera (1977), así como con una serie de otras investigaciones que esbozaron tal enfoque espacial, ecológico y funcional a estas poblaciones, especialmente costeras, y que queda reflejado, por ejemplo, en el congreso de 1986 en Arica con un simposio

dedicado específicamente al tema. Dicha perspectiva no ha perdido vigencia a casi 30 años del célebre estudio de Llagostera.

Resumiendo, podríamos indicar que tres son las grandes líneas que vinieron de la mano con este ingreso de la Nueva Arqueología al país. Primero, una fuerte impronta metodológica, muy centrada en el tema del diseño de investigación y el establecimiento de estrategias de muestreo (p.e. Gallardo y Cornejo 1986), así como la implantación de una lógica hipotético-deductiva (Aldunate et al. 1982). Segundo, un desarrollo de la ontología ecológico-cultural y funcionalista como marco de referencia para el estudio y comprensión de las sociedades prehispánicas, especialmente visible en el estudio de los cazadores recolectores costeros (p.e. Llagostera 1977, Dauelsberg 1986). Tercero, una importante aplicación del enfoque espacial, básicamente a partir de la Arqueología del Asentamiento en la zona norte del país (p.e. Aldunate y Castro 1981; Aldunate et al. 1986; Cornejo et al. 1987).

La clara muestra del crisol teórico producido tras estas jornadas y su repercusión en la arqueología, es el libro *Prehistoria: Culturas de Chile*, macro intento de síntesis de la prehistoria nacional escrito a mediados de la década de 1980 y publicado en 1989. A través de sus 20 capítulos, esta síntesis muestra una práctica arqueológica nacional muy centrada en la prehistoria y donde los capítulos zigzaguean entre trabajos donde es más visible un enfoque teórico próximo a la Nueva Arqueología, que reconoce la importancia del medio ambiente, y de un encuadre funcionalista (p.e. Llagostera 1989, Núñez 1989, Aldunate 1989), y otros que se centran más bien en una lógica más próxima a la historia cultural (p.e. Niemeyer et al. 1989, Ampuero 1989).

Lo interesante es que bajo estos vaivenes podemos observar una cierta similitud en los tratamientos arqueológicos de los capítulos, con un fuerte énfasis en la discusión de las evidencias y su análisis espacial, centrándose en el fondo en un intento de dar cuenta de las características históricas de cada momento definido de la prehistoria del país.

Los últimos 15 años: un caleidoscopio de teorías

La variabilidad teórica de los años 80 se amplía aún más a inicios de la década de 1990, cuando nuevas perspectivas se dejan sentir en la arqueología chilena, específicamente en el ámbito de la producción teórica. Entre las causas de estos cambios se encuentra sin duda la creciente influencia que a partir de fines de aquella década comienzan a ejercer las distintas corrientes agrupadas bajo el concepto de arqueología postprocesual (Hodder 1985)². Sin desconocer la gran diversidad de perspectivas que se cobijaron

² De hecho, es interesante constatar que durante la última década se aprecian transformaciones en la formación de postgrado en el extranjero de los jóvenes profesionales chilenos, los que si bien siguen siendo pocos, han privilegiado en este caso la realización de doctorados en Europa por sobre Estados Unidos. Esta variación en la migración indica también una modificación en la sensibilidad teórica de cierto sector de la Arqueología chilena.

bajo este concepto, es posible argumentar que los tres principales temas que estas corrientes enfatizaron en la arqueología anglosajona fueron el significado simbólico, el poder y la agencia. Estas tres temáticas han sido exploradas por la arqueología reciente de nuestro país, aun cuando no en todos los casos la influencia postprocesual ha sido clara y definida.

Respecto de las interrogantes por el significado simbólico, las estrategias en nuestro país que recogen la influencia postprocesual se han basado fundamentalmente en metodologías estructuralistas, que en algunos casos incluyen también supuestos teóricos derivados de esta escuela de pensamiento. Los primeros trabajos en este sentido fueron publicados por Thomas y Massone (1988)³, seguidos de una serie de contribuciones posteriores que se han mantenido vigentes hasta nuestros días (Dillehay 1990; Durán et al. 1991; González 1995, 1998; Sánchez 1994 y 1995; Thomas et al. 1995; Thomas y Massone 1994; Troncoso 2005). La interpretación del contenido de las estructuras simbólicas se ha visto auxiliada en algunos casos por la utilización del método histórico directo, particularmente a partir de la etnografía y la etnohistoria andinas (González 1998, Thomas et al. 1995, etc.), el cual también ha resultado de interés para interpretaciones simbólicas no vinculadas necesariamente con el estructuralismo, y que se ocupan de temáticas tan variadas como el arte, la ritualidad y los procesos sociales prehispánicos (Berenguer y Martínez 1986; Berenguer et al. 1984; Castro y Gallardo 1996; Chacama y Espinoza 1997; Thomas y Salazar 2000).

Tal como lo sugiere este último grupo de trabajos, y en concordancia con lo señalado por Politis (2002) para el caso latinoamericano en general, la reflexión sobre temas vinculados al simbolismo en Chile no surgió sólo como resultado de la influencia postprocesual, y de hecho ha seguido desarrollándose con independencia al postprocesualismo en algunas investigaciones. Más aún, las primeras reflexiones sobre simbolismo en la arqueología chilena anteceden en algunos años a las tempranas publicaciones postprocesuales de Hodder (i.e. Gordon y Dillehay 1977; Hidalgo et al. 1981). Por otra parte, durante la década de 1980 Carlos Thomas desarrolla una reflexión sistemática acerca del simbolismo, en particular en el ámbito de lo sagrado, la cual fue inspirada por autores que no suelen aparecer en el repertorio de influencias de los arqueólogos postprocesales británicos (Eliade, Cassirer). Si bien algunas de las publicaciones que sistematizan estas reflexiones son bastante más tardías (Thomas et al. 1995; Thomas y Salazar 1997), debemos constatar que las Tesis de Licenciatura de Tudela (1984) y de Dettwiler (1984), la primera acerca del simbolismo religioso en arqueología y la segunda acerca de la perspectiva semiótica en estudios de arte

³ Si bien a fines de los 80 se realiza el simposio "El arte y los símbolos como fuente de información arqueológica" en el marco del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena, y en 1983 las primeras jornadas sobre Arte rupestre en Chile, estos eventos no parten de una conceptualización teórica propia a la Arqueología Postprocesual, sino que más bien descansan en formulaciones más cercanas a la Nueva Arqueología.

rupestre, no sólo fueron dirigidas por Thomas, sino que en parte se basaron en sus propias reflexiones.

Una línea de reflexión similar a la explorada originalmente por Thomas ha sido seguida en forma más reciente por Artigas (2002 y 2003; véase también su artículo en este volumen) aun cuando este último no ha integrado los trabajos que surgieron de las reflexiones de aquel, ni ha considerado mayormente las discusiones acerca del simbolismo en la arqueología postprocesual. De ahí que su propuesta aparezca en etapa inicial de formulación. No obstante, su trabajo constituye un esfuerzo por acceder a dimensiones poco abordadas acerca del pasado y por ser una línea de reflexión bastante original en el contexto teórico de la arqueología.

Además de la preocupación por el simbolismo, otra temática típicamente asociada a la arqueología posprocesual que ha tenido repercusiones importantes en nuestro país a partir de la década de 1990 es el poder y, específicamente, el rol de la ideología en las estrategias políticas del pasado (Gallardo 1998, 1999 y 2004; Gallardo et al. 1995; Troncoso 2001; Uribe 2004 y 2006; Uribe y Adán 2004; Sánchez 1995). En este caso, la influencia posprocesual británica ha sido más evidente y también más explícita en los investigadores, siendo común la referencia a los autores principales de esta corriente (Miller y Tilley 1984; Leone 1986), así como a algunas de sus principales fuentes de inspiración (i.e. Althusser 1986; Foucault 1976).

Por último, una tercera temática dominante en el pensamiento posprocesual ha sido el estudio de la agencia, particularmente desde las perspectivas de Bourdieu (1977) y Giddens (1995). Esta ha sido la línea interpretativa menos utilizada en nuestro país, y sólo recientemente ha comenzado a ser explorada en trabajos acerca del tráfico caravanero (Pimentel 2003a, 2003b y 2003c) y en el estudio de la cultura Copiapó (Garrido 2005). Si bien el trabajo de Sanhueza en este volumen recoge elementos importantes del concepto de habitus de Bourdieu, su desarrollo no está en la línea de la teoría de la práctica que han enfatizado la arqueologías postprocesuales.

A pesar de estas influencias, tal como sucedió con la influencia de la Nueva Arqueología, consideramos que no es razonable hablar de una arqueología postprocesual propiamente tal en Chile, pues esta rama de enfoques más postprocesualistas se constituyó nuevamente como una reformulación local de los lineamientos esbozados en los grandes centros de poder arqueológicos, sin que podamos hablar de enfoques totalmente comprometidos con esta postura, sino más bien, perspectivas locales que en su formulación son más cercanas a este desarrollo teórico Inglés. Un ejemplo claro de lo anterior es la Tesis de Licenciatura de Gallardo (1991), que en su análisis del cementerio El Torín integra influencias postprocesuales con los planteamientos de Schiffer respecto de los procesos de formación de sitios y su propia tradición filosófica asociada al materialismo histórico.

Situación similar puede advertirse en el caso de un segundo eje de cambio importante que se da en la reflexión arqueológica chilena posterior a la década de 1990: la dimensión social de la disciplina y su responsabilidad en este sentido. En efecto, el creciente interés por estas temáticas no es resultado de la influencia de la arqueología postprocesual –donde ciertamente ha jugado un rol destacado desde mediados de los '80- ni tampoco constituye un simple rebrote de la arqueología social latinoamericana, aun cuando ambas escuelas han ejercido su indudable influencia. Pero, aun cuando pueden ser diversas las razones que explican esta nueva reflexión acerca del contexto social de la arqueología chilena, la gran mayoría de ellas pueden vincularse de uno u otro modo a la “condición posmoderna” a la que Chile se ha ido integrando en forma creciente luego de la recuperación de la democracia en 1990.

Tanto el surgimiento de la arqueología de impacto ambiental (fruto de la Ley de Bases del Medioambiente) como los procesos derivados de las reivindicaciones étnicas de los pueblos originarios de nuestro territorio (en cierto modo amparados también por la Ley Indígena) son producto de la crisis del proyecto de la Modernidad y el creciente valor que el medioambiente y las minorías sociales tienen en el contexto postmoderno. A lo anterior debemos sumarle el auge de la industria del turismo cultural, que en nuestro país comienza a despertar lentamente en los últimos años, así como el creciente cuestionamiento de la razón y la ciencia como medios privilegiados de conocimiento, ambos fenómenos también muy vinculados al postmodernismo (Lyotard 1984; Jameson 1991). Todos estos fenómenos han generado cuestionamientos respecto de nuestro quehacer, que de uno u otro modo se expresan en la comunidad arqueológica nacional durante la última década, sobre todo por parte de las generaciones más jóvenes. Destacan, en este sentido, los trabajos que, desde Museos Públicos, Centros de Investigación, Universidades y Proyectos Fondart, entre otros, han explorado en temáticas tales como la educación patrimonial, la difusión, la puesta en valor de sitios arqueológicos, la relación de la arqueología con comunidades indígenas, la conservación del patrimonio y el marco jurídico de la disciplina (si bien muchas de estas experiencias no están aún publicadas, puede consultarse por ejemplo los trabajos publicados en Chungara 35[2], 2003; Arriaza y Cassman 1988; Ayala 1999 y 2003; Ávalos y Ladrón de Guevara 2000; Bahamóndez y Muñoz 1997; Córdova et al. 2004; Cornejo 2000; Fernández y González 2005; Navarro 1998; Guerra 2004, Jiménez et al. 2000; Seguel 1997; Valdés et al. 1994; Westfall 1998, entre otros).

Dentro del nuevo escenario postmoderno aún no queda claro hasta dónde debemos y podemos ceder en el control del patrimonio, y de hecho al interior de la propia comunidad arqueológica nacional existen claros desacuerdos al respecto⁴. Pero lo cierto es que las experiencias actuales nos convocan cada vez más a asumir nuestra

⁴ Véase Funari (2001) para las primeras reacciones de los arqueólogos latinoamericanos ante las demandas indígenas a comienzos de la década de 1990 y la reciente discusión en la lista de correo “arqueología chilena” acerca del surgimiento de comunidades indígenas “Diaguitas” en la III Región.

responsabilidad social como disciplina, aun al costo de perder parte de nuestros privilegios sobre el patrimonio. El resultado de lo anterior es que una redefinición de la arqueología –y por lo tanto una apropiación teórica de estas experiencias- parece ser cada vez más necesaria, lo cual augura un proceso de cambio en la práctica de la disciplina en Chile en los próximos años. No en vano paralelo a estos procesos se aprecia el resurgimiento de trabajos netamente teóricos que han discutido los aspectos gnoseológicos y ontológicos de la arqueología, sin estar limitados a un problema de investigación sobre la prehistoria local lo cual ha sido poco frecuente en nuestra tradición académica (p.e. Gallardo 1993, 1994, 1998, 1999, 2000; Lavanderos et al. 2004; Salazar 1998; Salazar y Jiménez 1999; Thomas y Salazar 2000; Troncoso 1999, 2001). No obstante estos aportes, resulta evidente que, como comunidad, aún no hemos desarrollado las herramientas conceptuales para desenvolvernos en el contexto de las demandas externas a la disciplina –cada vez más sistemáticas y fortalecidas por lo demás- por una arqueología socialmente relevante. Vale decir, aún carecemos de una reflexión teórica sistemática que dé cuenta de los nuevos escenarios socioculturales en los que existe nuestra disciplina o, más bien dicho, que nos provea de una concepción de la arqueología reformulada y ampliada a la luz de estos nuevos escenarios. Al decir de Criado (2004: 62) “el gran problema del contexto actual se podría enunciar de la siguiente forma: es la paradoja entre el estallido de la Arqueología Patrimonial y el hecho de que este desarrollo no se piensa, no se asume y no se teoriza; se impone”. Posiblemente este sea uno de los mayores desafíos de la teoría arqueológica en Chile durante los próximos años, tal como volveremos a sugerir más adelante. Los artículos de Ayala y Gnecco en este volumen, son expresiones de este creciente interés por la dimensión social de la arqueología, siendo a la vez intentos por teorizarlo en forma consistente.

Antes de concluir esta apretada revisión histórica del pensamiento teórico en la arqueología chilena, quisiéramos comentar que durante los últimos años nuestra reflexión teórica presenta ecos de la situación que se vive a nivel mundial (Hodder 2001), en términos de una fragmentación de los problemas de estudio y un predominio de posiciones eclécticas que recogen influencias desde múltiples fuentes. Dentro de las reflexiones más recientes, destacamos la construcción teórica respecto de la organización sociopolítica de las comunidades prehispánicas (p.e. Cornejo et al. 2003-2004; Falabella y Sanhueza 2005-2006; García 2000; Sánchez 2002; Uribe y Adán, en este volumen), la construcción social del paisaje (Alvarado y Mera 2004; Romero et al. 2004; Troncoso 1999, 2001, 2004 y en este volumen), las identidades en el pasado (Pimentel 2003a y 2003b; Sanhueza 2004 y en este volumen), y los procesos de producción (Rees y De Souza 2004; Salazar 2003-2004; Salinas y Salazar, en este volumen), entre otros. Como puede apreciarse a partir de la extensa bibliografía de este artículo, las áreas más productivas en términos de teoría arqueológica en Chile han sido sin duda el Norte Grande y Chile Central.

Conclusiones: el final es el principio

El conjunto de lineamientos teóricos extranjeros que ha marcado a la arqueología nacional ha redundado antes que nada en traducciones locales de las ideas germinales de cada corriente teórica, lo que ha significado una segregación de los profesionales nacionales, a partir de los matices que cada uno esboza en sus propios trabajos de investigación. No obstante, también es cierto que la arqueología chilena contemporánea exhibe un grado importante de coherencia e integración interna, lo que a nuestro juicio ha sido promovido en cierta medida por dos situaciones estructurales a nuestra práctica arqueológica. Primero, que durante gran parte de la década de los 70, más la totalidad de los 80 y 90, existió en el país sólo una institución universitaria de enseñanza de la Arqueología, lo que implicó que gran parte de los arqueólogos nacionales se forjaron al amparo de una misma institución y sus líneas de investigación, por lo que no se dieron las condiciones estructurales para una regionalización en el proceso de enseñanza arqueológica.

Segundo, la fuente básica de subsidios de investigación continúan siendo los proyectos FONDECYT, lo que obliga a cualquier investigador interesado en contar con tales fondos a ajustar su lógica de investigación a los patrones propios de las ciencias físicas, de corte más positivista. Si bien ello no implica una restricción sobre el tema a tratar, sí conlleva una cierta forma de plantear la investigación que es más cercana a los fundamentos de la Nueva Arqueología.

Estos dos factores actúan en conjunción para otorgar una suerte de aire de familia y homogeneidad a la práctica arqueológica chilena, aun a pesar de las diferencias teóricas existentes, dando como resultado una prehistoria de calidad con un énfasis mayor en los aspectos metodológicos y donde la discusión teórica ha tendido a centrarse antes que nada en su idoneidad para la resolución de problemas específicos de prehistoria. En tal sentido, la pregunta que surge es: ¿Cuál es hoy el panorama de la teoría arqueológica en Chile? Una mirada amplia nos permitiría ver que en la realidad el conjunto de tendencias delineadas previamente están totalmente activas y coexisten armónicamente dentro de este esqueleto común propio a los arqueólogos chilenos. Es más, posiblemente sea difícil establecer claros límites entre unos y otros enfoques por cuanto, como ya lo hemos indicado, la realidad es que los arqueólogos chilenos han utilizado la teoría de forma bastante instrumental, como marcos de referencia para responder unas u otras preguntas sobre el registro arqueológico, sin una clara y explícita discusión de los fundamentos teóricos de sus trabajos y el delineamiento de un programa de investigación teórico a largo plazo.

Tal vez podríamos indicar que en la base de gran parte del pensamiento arqueológico chileno se encuentra sin duda alguna presente la Nueva Arqueología. Ya sea a partir de sus fundamentos epistemológicos, ya sea a partir de sus requerimientos metodológicos, la

realidad es que la práctica arqueológica chilena recoge necesariamente los fundamentos más metodológicos que teóricos de la Nueva Arqueología. Esta tendencia se encuentra muy integrada con un importante énfasis en la arqueología histórico-cultural. Sobre ese sustrato se establecen un cúmulo de diferencias, las que en gran medida y a pesar de sus divergencias rescatan distintos aspectos de la teoría social para la interpretación del registro arqueológico. Por un lado, trabajos que están más próximos a los aspectos ontológicos de la Nueva Arqueología, y que derivan en dos líneas, una centrada en el rescate de lo social pero desde enfoques básicamente funcionalistas, ambientales y espaciales, no obstante el rescate en algunos casos de autores de teoría social post-estructuralistas (p.e. Bourdieu 1977, 2000; Giddens 1995), y por otra, trabajos muy centrados en la ampliación de las metodologías de investigación arqueológica, ya sea por medio de la ampliación del uso de métodos de las ciencias físico-químicas o estudios actualísticos.

Por otro lado, nos encontramos con perspectivas que, en muchas ocasiones de fuerte raigambre metodológica, se acercan más a una Arqueología postprocesual a partir de la discusión de temas como el simbolismo, el poder, la agencia y la construcción social de la realidad, reconociendo a la cultura material como un elemento activo y significativo en estos procesos.

Si bien estas dos tendencias podrían definir aspectos de la teoría arqueológica en Chile, la verdad es que ambas son minoritarias, más aún en el segundo de los casos, expresándose a través de ello el carácter marcadamente empirista de la práctica nacional, donde la teoría no es considerada un aspecto de mayor discusión y las investigaciones descansan sobre presupuestos no discutidos. Pero a fin de cuentas podríamos señalar que en la mayoría de los casos los supuestos teóricos empleados explícita o implícitamente son más cercanos a la racionalidad funcionalista, lo cual seguramente es producto de nuestra propia inserción en tal sistema de saber. En este sentido, la situación chilena calza ajustadamente con lo observado por Politis (2002: 229) para la realidad sudamericana en general (la traducción es nuestra):

“Hace algunos años, Dillehay (1993, 255) señaló que una de las áreas de investigación promisorias en el Cono Sur (y, por extensión, en el resto de Sudamérica), era la necesidad de explicar la cultura material no sólo en términos de adaptación tecnoc-económica y organización política, sino también en términos de la ideología. Aun cuando algunos avances se han realizado en este sentido, la arqueología Sudamericana hoy navega básicamente entre dos mares: la reconstrucción Histórico-Cultural y el funcionalismo ecológico en el que los ajustes con el medioambiente son considerados el motor principal del cambio cultural, y donde la cultura material es vista sólo como una manera de enfrentar el ambiente”.

No obstante lo anterior, la realización del Primer Taller de Teoría Arqueológica en Chile mostró por una parte una continuidad del patrón sudamericano y chileno que

hemos descrito pero, por la otra, algunas diferencias importantes. En este último sentido, la revisión de los artículos presentados y publicados en este volumen muestra una gama diversa de aproximaciones al registro arqueológico, pero con una importante preocupación por la recuperación de la dimensión social y cultural del pasado en la mayoría de ellos, lo que no se condice con una disciplina marcadamente empirista y de orientación preferentemente funcionalista y ecológico-cultural.

Por otra parte, vuelven a constatarse las reformulaciones locales, las que quedaron muy bien expresadas en cuanto ninguno de los trabajos rescató totalmente las proposiciones de las perspectivas europeas y norteamericanas, por lo que no son en ningún caso expresiones puras de tales corrientes. Muy por el contrario, intentan establecer puentes con la realidad local, adaptándolas. Un claro hecho de lo anterior es la ausencia de trabajos dentro de lo que podríamos llamar expresiones más extremas de estas corrientes, como podría ser por ejemplo, la Arqueología Evolutiva, la que es tan sólo discutida por un arqueólogo chileno y que se constituye en el primer artículo sobre el tema publicado en el país. De hecho, el segundo aporte de esta línea en el presente libro viene dado por la colega argentina Vivian Scheinsohn, donde sí ha sido fuerte el ingreso de esta perspectiva, anclando con toda una historia teórica muy relacionada con la Nueva Arqueología en dicho país.

Pese a lo anterior, la asistencia al taller parece constituir una muestra distinta del estado de la cuestión teórica en Chile. Si bien el evento fue un éxito de público, la realidad es que el 90% de éste fueron estudiantes, contándose con una muy baja presencia de profesionales, lo que demuestra un cierto desinterés por el tema en gran parte de los colegas, ya sea por la tradicional empiria de la Arqueología chilena, o por los cambios que ha producido en los últimos años la fuerte inserción de los Estudios de Impacto Ambiental en la disciplina (que por su práctica y requerimientos, necesita básicamente de avances metodológicos, manteniéndose bastante alejada de los temas teóricos y muy próximos a la urgencia del rescate de la evidencia arqueológica a partir de técnicas y métodos que permitan obtener la mayor cantidad de datos desde el sitio a intervenir y desde la misma cultura material).

En este punto estamos en la actualidad; la pregunta que surge ahora es ¿hacia dónde vamos? Si bien este libro puede ser un pie desde el cual proyectar el futuro teórico de la arqueología chilena, sabemos que es también un espejismo pues en ningún caso sintetiza la totalidad de la práctica arqueológica nacional.

Un aspecto claro al respecto es que dados los requerimientos de los Estudios de Impacto Ambiental, así como la lógica tecnocientífica del posmodernismo (Echeverría 2003, Lyotard 1984), deberíamos esperar que el statu quo se mantenga, es decir, cada vez un mayor número de aportes en aspectos metodológicos, ya sea de recuperación de datos en terreno como de análisis de elementos de cultura material. Este avance metodológico sabemos que es positivo y aporta a la construcción de la

Arqueología chilena, pero pensamos que debe ser evaluado más críticamente, ya que las metodologías no nacen por sí mismas, sino que están en una relación muy estrecha con las preguntas de investigación y, por ende, con los aspectos teóricos. Por lo tanto, sostenemos que estos avances metodológicos deben ser contextualizados dentro de la lógica teórica en la que se insertan, pues de lo contrario, simplemente reproducen de forma acrítica un conjunto de fundamentos teóricos desde los que nace su lógica. Y naturalmente en este caso los fundamentos teóricos provienen mayoritariamente del contexto social actual.

Por ello consideramos que en el futuro la arqueología en Chile debiera incluir una mayor preocupación por la práctica teórica, tanto desde el punto de vista ontológico, como epistemológico y valórico, además del necesario y consecuente desarrollo metodológico.

En forma más específica, proponemos que hay dos campos prioritarios que deben ser explorados. Primero, dada la primacía de los Estudios de Impacto Ambiental, se hace urgente abrir los espacios para la reflexión y discusión teórica sobre esta práctica, que no obstante la empiria en la que se encuentra actualmente, está en el corazón de la relación entre Arqueología – Sociedad y Comunidades, insertándose en un contexto político y económico que en ningún caso ha sido discutido, evaluado críticamente, ni definido lineamientos teóricos para guiar la práctica (Cáceres y Westfall 2004). Junto con lo anterior, la reflexión sobre la relación entre arqueología y sociedad debe incluir importantes temas adicionales que podríamos sintetizar bajo el concepto de gestión del patrimonio cultural.

Segundo, la Arqueología en Chile debe abrir puertas para el desarrollo y aplicación de nuevos enfoques teóricos que permitan dar inteligibilidad al registro arqueológico. Más aún, el gran desafío es invertir la relación establecida hasta el día de hoy con la teoría, donde ha sido vista como un marco de referencia para la interpretación / explicación de la prehistoria nacional, adquiriendo por ello un carácter marcadamente localista. Pensamos que, sin descuidar nuestro compromiso con la comprensión del Chile prehispánico, debemos ocupar nuestros datos para pensar, discutir y evaluar una problemática y una teoría global, que no sólo tenga repercusiones para la prehistoria de esta angosta y larga franja de tierra, sino que para la Arqueología en sí y las ciencias sociales en general. Lo anterior implica también una mayor apertura, interacción y cooperación con el resto de las arqueologías latinoamericanas que, salvo por el caso de Argentina y, en menor medida, Perú y Bolivia, permanecen completamente ajenas a nuestro quehacer.

Ambos desafíos son importantes, y la inversión que suponen no es menor: se trata de pasar conscientemente desde una arqueología localista cuyo fin último es la investigación pura hacia una arqueología global que cumpla también un rol social en la realidad contemporánea. No está demás señalar que a esta tarea ya está abocada parte

de la comunidad académica de Europa, Estados Unidos (que no sólo son globalistas, sino también colonialistas) y una parte de nuestro continente está trabajando en ella (piénsese en el proyecto global de Teoría Arqueológica Sudamericana que se reproduce en las reuniones de TAAS, sus publicaciones, la revista *Arqueología Sudamericana* y el doctorado en Arqueología de la Universidad de Olavarría, entre otros ejemplos). Pensamos que de esta transformación depende en gran medida el futuro de la arqueología chilena, pues en un mundo donde la globalización define los múltiples quehaceres de las sociedades, una práctica científica como ésta no puede quedar al margen. Más aún, mientras en Chile estamos recién entrando a la lógica del I+D (Investigación + Desarrollo), en Europa se reconocieron ya sus límites, optándose por el I+D+I (Investigación + Desarrollo + Innovación), y tal innovación sólo es posible a partir de la construcción teórica y la apertura de nuevos enfoques y preguntas que permitan transformar la práctica localista, a la vez que nos permita dejar de ser unos simples consumidores de teoría a productores de teoría, en un contexto social que tiene un rol importante en el proceso de producción del conocimiento académico.

Obviamente las relaciones de poder entre Norte y Sur son muy claras como para pensar en la posibilidad de que se acepte una proposición teórica sudamericana como programa teórico de investigación mundial, pero ello no nos impide alzar nuestra voz con nuestras ideas y teorías nacidas en el particular contexto histórico, social, político y cultural en el que vivimos. Después de todo, la construcción de teoría, la formulación de marcos de referencia para el registro, la innovación y la inserción de nuestros datos en un problema global no son la solución ni constituyen un fin en sí mismos, pero sin duda son claves para generar nuestra propia perspectiva de desarrollo. El compromiso social de la disciplina ciertamente requiere de este desarrollo teórico y, aunque representa un riesgo para nuestra práctica tradicional, es al mismo tiempo una necesidad impostergable para asegurar la supervivencia y legitimidad de la arqueología en el orden social actual.

Referencias bibliográficas

- Aldunate, C. 1989. Estadio alfarero en el Sur de Chile. En: *Prehistoria: Culturas de Chile*, editado por J. Hidalgo et al., pp: 313-328. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Aldunate, C.; J. Berenguer y V. Castro. 1982. La función de las chullpas en Likán. *Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 129-174. Santiago.
- Aldunate, C. y V. Castro. 1981. *Las chullpas de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior; período Tardío*. Ediciones Kultrún, Santiago.
- Aldunate, C., J. Berenguer, V. Castro, L. Comejo, J. Martínez y C. Sinclair. 1986. *Cronología y asentamiento en la región del Loa Superior*. Dirección de Investigaciones y Bibliotecas, Universidad de Chile, Santiago.
- Althusser, L. 1986. Ideología y aparatos ideológicos del Estado. En: *La filosofía como arma de la revolución*, editado por L. Althusser, pp. 97-141. Ediciones Pasado y Presente, México.

- Alvarado, M. y R. Mera. 2004. Estética del paisaje y reconstrucción arqueológica: el caso de la región del Calafquén (IX y X Región-Chile). *Chungará volumen especial*, tomo 1: 559-568.
- Ampuero, G. 1989. La Cultura Diaguita Chilena. En *Prehistoria: Culturas de Chile*, editado por J. Hidalgo et al., pp: 277-288. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Ampuero, G. y M. Rivera. 1972-73. Síntesis interpretativa de la arqueología del Norte Chico. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp: 339-346. Santiago.
- Arriaza, B. y V. Cassman. 1988. ¿Se está produciendo un arqueocidio? *Chungara* 20: 69-73.
- Artigas, D. 2003. *El sueño esculpido: arte rupestre y memoria del mito en el valle de Canelillo, Provincia del Choapa*. Memoria para optar al Título profesional de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Artigas, D. 2002. Las cabezas y los brujos: la leyenda del Chonchón en el arte rupestre del Choapa. *Revista Werkén* 3: 81-97.
- Ávalos, H. y B. Ladrón de Guevara. 2000. El patrimonio cultural como bien de consumo: el caso Petorca. *Conserva* 4: 87-114.
- Ayala, P. 1999. Cementerio Los Abuelos de Caspana: una forma de hacer arqueología o un problema de ética arqueológica. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 27: 28-32.
- Ayala, P. 2003. Arqueología y sociedad: el caso de las comunidades indígenas en Chile. *Revista Werkén* 4: 59-74.
- Bahamondes, M. y E. Muñoz. 1997. "Sitio arqueológico Tufor 1: consideraciones para su conservación y caracterización de materiales. *Conserva* 1: 49-60.
- Bate, Luis Felipe. 1974. *Los Primeros Poblamientos del extremo sur Americano*. Cuadernos de Trabajo N°3, Departamento de Prehistoria, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Bate, Luis Felipe. 1977. *Arqueología y Materialismo Histórico*. Ediciones de Cultura Popular, México.
- Bate, Luis Felipe. 1982. *Orígenes de la Comunidad Primitiva en Patagonia*. Ediciones Monográficas N° 1 Cuicuilco, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Bate, Luis Felipe. 1998. *El Proceso de Investigación en Arqueología*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Berenguer, J. y J.L. Martínez. 1986. El río Loa, el arte rupestre de Taira y el mito de Yakana. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 1: 79-99.
- Berenguer, J.; C. Aldunate y V. Castro 1984. *Orientación orográfica de las chullpas en Likán: la importancia de los cerros en la fase Toconce*. En Simposio Culturas Atacameñas, 44 Congreso Internacional de Americanistas, Manchester. Universidad del Norte, Antofagasta.
- Binford, L. 1962. Archaeology as anthropology. *American Antiquity* 28 (2): 217-225
- Binford, L. 1964. A consideration of archaeological research design. *American Antiquity* 29 (4): 425-441.
- Binford, S. y L. Binford. 1968. *New perspectives in Archaeology*. Aldine, Chicago.
- Bourdieu, P. 1977. *Outline of a theory of practice*. Cambridge University Press.
- Bourdieu, P. 2000. *Cosas Dichas*. Gedisa, Madrid.
- Cáceres, I. y C. Westfall. 2004. Trampas y amarras: ¿es posible hacer arqueología en el Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental? *Chungara volumen especial*, tomo 1: 483-488.
- Castro, V. y F. Gallardo. 1996. El poder de los gentiles. Arte rupestre en el río Salado. *Revista Chilena de Antropología* 13: 79-98.
- Castro V. y P. Núñez. Mesa de la Generación de los '70. 1995. 30 Aniversario Sociedad Chilena de Arqueología; Jornadas de Reflexión. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* N° Especial: 13-28
- Clark, G. 1939. *Archaeology and Society*. Methuen, Londres.
- Clarke, D. 1968. *Analytical Archaeology*. Methuen, Londres.

- Córdova, J.; Y. Ossandon, N. Álvarez y J. Bernal 2004. El museo arqueológico en la dinámica cultural de ver y aprender. *Chungara volumen especial*, tomo II: 687-696.
- Cornejo, L. 2000. Arqueología, museos y sociedad: un espacio para las utopías. *Revista Werkén* 2: 83-87.
- Cornejo, L.; F. Falabella y L. Sanhueza. 2003-2004. Patrón de asentamiento y organización social de los grupos Aconcagua de la cuenca del Maipú. *Revista Chilena de Antropología* 17: 77-104.
- Cornejo, L.; F. Gallardo y L. Suárez (org.). 1983. *Arqueología y Ciencia: primeras jornadas*. Musco Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Cornejo, L.; F. Gallardo y L. Suárez. 1987. La arqueología del asentamiento y la reconstrucción etnográfica: perspectivas de investigación. *Actas del Primer Congreso Nacional de Antropología*, pp: 334-356.
- Criado, F. 2004. *Arqueológicas, la razón perdida*. Manuscrito.
- Chacama, J. y G. Espinosa. 1997. La Ruta de Tarapacá: Análisis de un mito y una imagen rupestre en el Norte de Chile. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo 2: 769-792. Copiapó.
- Childe, G. 1935. Changing methods and aims in prehistory. *Proceedings of the Prehistoric Society* 1(1): 1-15.
- Childe, G. 1936. *Man makes himself*. Pitman Publishing, Londres.
- Childe, G. 1947. Archaeological ages as technological stages: Huxley memorial lecture for 1944. *Journal of the Royal Anthropological Institute* LXXXIV: 7-24.
- Dauelsberg, P. (coord.). 1986. Simposio I: Movilidad y subsistencia en las sociedades Arcaicas. *Chungara* 16-17: 23-123.
- Dettwiller, A. 1984. *Análisis del arte rupestre (entre la miopía funcionalista y el imperialismo de la semiótica)*. Memoria para optar al grado de Licenciado en Arqueología. Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Dillehay, T. 1990. *Araucanía: presente y pasado*. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Durán, E. y M. Massone. 1977. Hacia una definición del Complejo Cultural Aconcagua y sus tipos cerámicos. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I: 243-246. Altos de Vilches.
- Duran E.; M. Massone, M. y C. Massone. 1991. La Decoración Aconcagua: algunas consideraciones sobre su estilo y significado. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp: 79-76. Santiago.
- Echeverría, J. 2003. *La revolución tecnocientífica*. Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Falabella, F. y L. Sanhueza. 2005-2006. Interpretaciones sobre la organización social de los grupos alfareros tempranos de Chile Central: Alcances y perspectivas. *Revista Chilena de Antropología* 18: 105-134.
- Fernández, G. y P. González (eds.). 2005. *Primer Seminario Minería y Monumentos Nacionales. Patrimonio Arqueológico, Paleontológico e Histórico*. Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago.
- Feyerabend, K. 1975 [1992]. *Tratado contra el método*. Tecnos, Madrid.
- Foucault, M. 1976 [1998]. *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Funari, P. P. 2001. Public archaeology from a Latin American perspective. *Public Archaeology* 1 (4): 239-243.
- Gallardo, F. 1983. La Arqueología, ¿una ciencia social?. En *Arqueología y Ciencia, Primeras Jornadas*, L. Cornejo, F. Gallardo y L. Suárez (org.), pp: 90-102. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Gallardo, F. 1991. *Basuras en el cementerio: del documento al monumento*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Arqueología y Prehistoria. Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Gallardo, F. 1993. Posmodernidad y Arqueología (primera parte). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 17: 45-50.
- Gallardo, F. 1994. Posmodernidad y Arqueología (segunda parte). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 18: 23-28.

- Gallardo, F. 1998. Arte, Arqueología Social y Marxismo: comentarios y perspectivas (parte I). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 26: 37-42.
- Gallardo, F. 1999. Arte, Arqueología Social y Marxismo: comentarios y perspectivas (parte II). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 27: 33-43.
- Gallardo, F. 2000. Teoría: todo lo que siempre quiso saber y nadie le quiso contar con franqueza acerca de este asunto en antropología. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 29: 57-63.
- Gallardo, F. 2004. El arte rupestre como ideología: un ensayo acerca de pinturas y grabados en la localidad del río Salado. *Chungara volumen especial*, tomo I: 427-440.
- Gallardo, F. y L. Cornejo. 1986. El diseño de la prospección arqueológica: un caso de estudio. *Chungara* 16-17: 409-420.
- Gallardo, F., M. Uribe y P. Ayala. 1995. Arquitectura Inka y poder en el Pukara de Turi, Norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 24: 151-171.
- García, C. 2000. Cazadores Paleoinidos en Taguatagua: un ejercicio teórico de organización social y territorial. *Revista Werkén* 1: 4-16.
- Garrido, F. 2005. ¿Qué sucedió en Copiapó? Una aproximación a la cultura Copiapó desde la alfarería. *Ponencia presentada en el V Congreso de Antropología Chilena* (en prensa).
- Giddens, A. 1995. *La constitución de la sociedad*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- González, P. 1995. *Diseños cerámicos Diaguita-Inka: estructura, simbolismo, color y relaciones culturales*. Tesis para optar al título de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- González, P. 1998. Doble reflexión especular en los diseños cerámicos diaguita-inca: de la imagen al símbolo. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 7: 39-52.
- Gordon, A. y T. Dillehay. 1977. El simbolismo en el ornitomorfismo mapuche. La mujer casada y el ketru metawe. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I: 303-316. Altos de Vilches.
- Guerra, A. 2004. Plan de manejo para la puesta en valor y preservación del arte rupestre frente al turismo: el caso de la Comuna de Canela (Provincia del Choapa, IV Región, Chile). *Revista Werkén* 5: 147-151.
- Hidalgo, J.; J. Chacama y G. Focacci. 1981. Elementos estructurales en la cerámica del Estadio Aldeano. *Chungara* 8: 79-96.
- Hodder, I. 1985. Post-processual archaeology. *Advances in Archaeological Methods and Theory* 8: 1-26.
- Hodder, I. 2001. Introduction: a review of contemporary theoretical debates in Archaeology. En: *Archaeological Theory Today*, editado por I. Hodder, pp: 1-14. Polity Press, Oxford.
- Jameson, F. 1991. *La posmodernidad o la lógica cultural del capitalismo tardío*. Paidós, Barcelona.
- Jiménez, C.; D. Salazar y P. Corrales. 2000. De los alcances de la arqueología: redefiniendo fronteras. *Conserva* 4: 71-86.
- Krieger, A. 1944. The typological concept. *American Anthropologist* 9: 271-338.
- Kuhn, T. 1962 [1996]. *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Latcham, R. 1928a. *La prehistoria chilena*. Impresora y Litográfica Universo, Santiago.
- Latcham, R. 1928b. *La alfarería indígena chilena*. Impresora y Litográfica Universo, Santiago.
- Lavanderos, L.; N. Hermosilla, A. Malpartida, B. Saavedra y L. Vargas. 2004. Estrategias cognitivas: una propuesta para el proceso de reformulación y explicación en arqueología. *Chungara volumen especial*, tomo II: 551-558.

- Leone, M. 1986. Symbolic, structural and critical archaeology. En: *American archaeology. Past and Future: a Celebration of the Society for American Archaeology 1935-1985*, editado por E. Meltzer et al., pp. 415-437. Smithsonian Institution Press, Washington D.C.
- Lorenzo, José Luis. 1976. *Hacia una arqueología social. Reunión de Teotihuacán*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Llagostera, A. 1977. Ocupación humana en la costa norte de Chile asociada a peces local-extintos y a litos geométricos: 9680±160 A.P. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I: 93-114. Altos de Vilches.
- Llagostera, A. 1989. Caza y pesca marítima. En *Prehistoria: Culturas de Chile*, editado por J. Hidalgo et al., pp: 57-80. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Lumbreras, Luis. 1974. *La Arqueología Como Ciencia Social*. Hístar, Lima.
- Liotard, J. F. 1984. *La condición posmoderna*. Ediciones Cátedra, Madrid.
- Martin, P. 1971. The revolution in Archaeology. *American Antiquity* 36: 1-8.
- Martínez, M. 2004. El proceso de nuestro conocer postula un nuevo paradigma epistémico. *Revista Polis* 8 (edición digital en <http://www.revistapolis.cl>).
- Massone, M. 1977. Aconcagua rojo engobado, un tipo cerámico del Complejo Cultural Aconcagua. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I: 247-259.
- Medina, J.T. 1882. *Los aborígenes de Chile*. Imprenta Guttemberg, Santiago.
- Miller, D. y C. Tilley. 1984. *Ideology, power and prehistory*. Cambridge University Press.
- Montané, J. 1964. Fechamiento tentativo de las ocupaciones humanas en dos terrazas a lo largo del litoral chileno. *Actas del Tercer Congreso Internacional de Arqueología Chilena*, pp: 109-124. Viña del Mar.
- Montané, Julio. 1972. Apuntes para un análisis de la arqueología Chilena. *Rehue* 4:29-43.
- Montané, Julio. 1980a. *Marxismo y Arqueología*. Ediciones de Cultura Popular, México.
- Montané, Julio. 1980b. *Fundamentos para una teoría Arqueológica*. Centro Regional del Nor-Oeste del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Montané, Julio. 1981. Sociedades Igualitarias y Modos de Producción. *Boletín de Antropología Americana* 3: 71-89.
- Navarro, X. (Compiladora). 1998. *Patrimonio Arqueológico Indígena en Chile, reflexiones y propuestas de gestión*. Instituto de Estudios Indígenas, Universidad de la Frontera, UNESCO.
- Niemeyer, H., V. Schiappacasse e I. Solimano. 1972-73. Padrones de poblamiento en la quebrada de Camarones. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp: 115-138. Santiago.
- Niemeyer, H., G. Castillo y M. Cervellino. 1989. Los primeros ceramistas del Norte chico: Complejo El Molle. En: *Prehistoria: Culturas de Chile*, editado por J. Hidalgo et al., pp: 222-264. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Núñez, L. 1974. *La agricultura prehistórica en los Andes Meridionales*. Editorial Orbe, Santiago.
- Núñez, L. 1989. Hacia la producción de alimentos y la vida sedentaria. En: *Prehistoria: Culturas de Chile*, editado por J. Hidalgo et al., pp: 81-106. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Orellana, M. 1996. *Historia de la Arqueología en Chile*. Bravo y Allende Editores, Santiago.

- Orellana, M., C. Urrejola, G. Serracino y C. Thomas. 1972-1973. Primera aplicación del sistema de computación en materiales arqueológicos del norte de Chile. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp: 195-228. Santiago.
- Pimentel, G. 2003a. Identidades y arqueología. *Revista Werkén* 4: 75-87.
- Pimentel, G. 2003b. Identidades, caravaneros y geoglifos en el norte de Chile: una aproximación teórico-metodológica. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 35/36: 67-80.
- Pimentel, G. 2003c. *Agencia, espacio social y funcionalidad en el Período Intermedio Tardío, Localidad de Caspana, II Región: un estudio de las vías de circulación y los asentamientos de enlace*. Memoria para optar al Título profesional de Arqueólogo, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Politis, G. 2002. The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America. *Latin American Antiquity* 14: 115-142.
- Popper, K. 1963 [1994]. *Conjeturas y refutaciones: el desarrollo del conocimiento científico*. Paidós, Barcelona.
- Rees, C. y P. De Souza 2004. Producción lítica durante el período Formativo en la subregión del río Salado. *Chungara volumen especial*, tomo I: 453-466.
- Rivera, M. 1972-73. Nuevos enfoques de la teoría arqueológica aplicada al Norte chico. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp: 295-310. Santiago.
- Romero, A.; C. Santoro, D. Valenzuela, J. Chacama, E. y L. Piacenza. 2004. Túmulos, ideología y paisaje de la fase Alto Ramírez del valle de Azapa. *Chungara volumen especial*, tomo I: 261-272.
- Salazar, D. 1998. *Fundamentos para una arqueología interpretativa de la muerte*. Memoria para optar al Título profesional de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Santiago.
- Salazar, D. 2003-2004. Arqueología de la minería: propuesta de un marco teórico. *Revista Chilena de Antropología* 17: 125-150.
- Salazar, D. y C. Jiménez. 1999. Epistemología y Arqueología: De la urgencia por perder la inocencia. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 28: 31-36.
- Sánchez, R. 1994. Prácticas mortuorias como producto de sistemas simbólicos. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo II: 263-278. Temuco.
- Sánchez, R. 1995. Cultura material, arte, monumentos y cuerpos en el espacio: prácticas mortuorias del Complejo Cultural Aconcagua. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo II: 281-290. Antofagasta.
- Sánchez, R. 2002. El Tawantinsuyu salvaje en el finis terrae australis. *Revista Chilena de Antropología* 16: 87-108.
- Sanhueza, L. 2004. *Estilos tecnológicos e identidades sociales durante el periodo alfarero temprano en Chile central: una mirada desde la alfarería*. Tesis de Magister en Arqueología, Universidad de Chile.
- Sanoja M. e I. Vargas. 1974. *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- Schulz, R., H. Paniagua, J. Ramírez y S. Quevedo. 1977. Estudio cefalométrico de ángulo, base y ramas ascendentes de la mandíbula de cráneos prehistóricos de Punta Teatinos. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I: 67-69. Altos de Vilches.
- Schiffer, M. 1976. *Behavioral Archaeology*. Academia Press, New York.

- Seguel, R. 1997. Educación patrimonial: una estrategia para la preservación de sitios arqueológicos en la Comuna de Los Vilos, Provincia del Choapa. *Conserva* 1: 13-30.
- Serracino, G. 1977. Inducción y deducción en Arqueología. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I: 75-80. Altos de Vilches.
- Shea, D. 1977. El fenómeno estadístico de muestreo al azar aplicado a elementos arqueológicos. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I: 71-74. Altos de Vilches.
- Steward, J. y F. Setzler. 1938. Function and configuration in Archaeology. *American Antiquity* 4(1): 4-10.
- Thomas, C. 1977. *Revisión crítica de la Arqueología Chilena entre 1960 y 1970: aspectos teóricos y metodológicos*. Tesis de Licenciatura, Universidad de Chile. Santiago.
- Thomas y Massone. 1988. La organización dual en la cultura San Pedro. Un enfoque etnoarqueológico. *Paleoetnológica* 5: 87-120
- Thomas, C. y C. Massone. 1994. *El Complejo Cultural Aconcagua. Arqueología de Chile Central*. Una consideración desde un enfoque estructural. II Taller (1994). <http://www.arqueologia.cl/actas2/thomasmassone.pdf> (acceso 20/4/2004).
- Thomas, C.; A. Benavente, I. Cartagena y G. Serracino. 1995. Topater, un cementerio Temprano: una aproximación simbólica. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 159-172, Antofagasta.
- Thomas, C. y D. Salazar. 1997. Perspectivas teóricas para una arqueología interpretativa de la muerte. *Anales de la Universidad de Chile Sexta Serie* N°6: 113-132.
- Thomas, C. y D. Salazar. 2000. Huaris y Llacuaces: un modelo representacional andino de dominación. *Diálogo Andino* 19: 85-110.
- Troncoso, A. 1999. De las sociedades en el espacio a los espacios de las sociedades: sobre Arqueología y Paisaje. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* N° 28: 37-46.
- Troncoso, A. 2001. Espacio y poder. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* N°32: 10-23.
- Troncoso, A. 2004. El arte de la dominación: arte rupestre y paisaje en la cuenca superior del río Aconcagua, Chile central. *Chungara* 36(2): 453-461.
- Troncoso, A. 2005. Hacia una semiótica del arte rupestre de la cuenca superior del río Aconcagua, Chile central. *Chungara* 37(1): 21-35.
- Tudeja, P. 1984. *El estudio de las manifestaciones religiosas en arqueología*. Tesis para optar al título de Licenciado en Arqueología. Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Uribe, M. 2004. El Inka y el poder como problemas de la arqueología del Norte Grande de Chile. *Chungara* 36(2): 313-324.
- Uribe, M. 2006. Acerca de complejidad, desigualdad social y el complejo cultural Pica-Tarapacá en los Andes centro sur (1000-1450 d.C.). *Estudios Atacameños* 31: 91-114.
- Uribe, M. y L. Adán. 2004. Acerca del dominio Inka, sin miedo, sin vergüenza. *Chungara volumen especial*, tomo I: 467-480.
- Valdés, C.; M. Massone, R. Sánchez, C. Aldunate, F. Falabella y F. Mena. 1994. Arqueología y Educación: explorando nuevos horizontes. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 19: 19-22.
- Veloz Maggiolo, M. 1984. Arqueología de la vida cotidiana. *Boletín de Antropología Americana* 10: 5-22.

- Watson, P., S. Le Blanc y C. Redman. 1971 [1974]. *El método científico en Arqueología*. Seix Barral, México.
- Westfall, C. 1998. ¿Sólo indio muerto es indio bueno?: Arqueólogos, pehuenches y Raico. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 26: 35.